

El otro, el mismo. Duby, Georges. *Año 1000, año 2000. La huella de nuestros miedos*,
Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile. 1996

Y, sí. A veces hay que darles la razón a algunos teóricos. La historia, como quiere Hayden White, puede ser un relato. O, al menos, puede leerse como tal. No otra cosa es este libro, que se lee, se degusta como un cuento largo y se piensa y se ordena en la cabeza como un libro de historia no convencional. La cuota de ficción está garantizada por lo remoto de los plazos. Los géneros se mezclan aún más, porque se trata de una serie de reportajes compaginados a Georges Duby hechos por dos periodistas, y tiene el formato de una entrevista. La palabra me sirve: el libro nos faculta para “entrevetar”. Que no somos tan distintos de los hombres de Medioevo. Que el hombre siempre le ha temido a los fantasmas.

Duby, en una sumaria introducción al libro, alerta a los historiadores sobre el peligro de encerrarse en sus gabinetes y mirar sólo hacia el pasado. El peligro, como siempre, es el que corrió la mujer de Lot. La historia —dice Duby— debe estar atenta también al presente, a eso que vagamente llamamos “actualidad” y debe estar puesta al servicio del hombre. Para mejor solucionar los peligros de hoy. Ese intento persigue este libro. Los dos términos del binomio están garantizados, primero, por las respectivas profesiones de los interlocutores: dos periodis-

tas y un historiador. En segundo lugar, por la actitud, por el sesgo intelectual que imprimen a sus cavilaciones y con el que indagan la materia. La frase “los diarios son los borradores de la historia” no es impertinente en este caso. Quizás se le podría agregar: “La historia son los diarios del pasado”. O las columnas de opinión. Este libro, al menos, así se lee. Como una serie de noticias (policiales, políticas, económicas, religiosas) ocurridas siglos atrás que alguien desempolva.

El hilo tópico conductor del libro son los miedos: del presente y de la Edad Media. El miedo a la peste (la negra o el SIDA), el miedo al otro (los tártaros o los inmigrantes africanos), el miedo al más allá, el miedo a la violencia y el miedo a la miseria. Si bien Duby encuentra similitudes o equivalencias, es muy precavido. No deja de enfatizar las condiciones desemejantes en que acontecieron. Las salvedades, es decir. Se podría afirmar que todo el libro es un ir y venir del pasado al presente, siguiendo un foco, buscando asir algo que parece hecho de una materia evanescente, inasible. Precisamente porque Duby no parece prestar atención a la historia fáctica, lo irrefutable (o si lo hace es sólo como contexto informador), hecha de grandes hitos, fechas y batallas. Sino

más bien al pasado cotidiano, a las formas de organización de la vida social y económica en esas fechas remotas. Duby, en este sentido, traza hipótesis, reconstruye a partir de distintas evidencias modos de vivir y modos de ver.

Los periodistas interrogan sobre el pasado y remiten al presente en asociaciones que corren por su cuenta, que ellos formulan y que Duby confirma (desarrolla) o minimiza. A veces es Duby el que traza paralelos, pero siempre con una actitud muy respetuosa del tiempo y su devenir, como es de traza en todo buen historiador.

En la "Introducción", el historiador hace hincapié en la importancia que se le otorgaba a lo invisible en la Edad Media, en sus distintas facetas y variantes (Dios, el más allá, el Purgatorio, el Infierno, los ángeles, el Diablo). La creencia sin evidencias es una cuestión de fe y deriva de una cosmovisión teológica. El ideal de visibilidad actual parece tributario de las pruebas, de lo palpable, de los experimentos, del conocimiento confirmado por la experiencia. La ciencia parece su más digno exponente. El laicismo, es su correlato ideológico.

El libro da por tierra con ciertos lugares comunes de la Edad Media. Vivir en esos tiempos no era ni más ni menos peligroso que vivir en los actuales. Los azotes eran más o menos los mismos y tenían su repercusión y prevención en miedos semejantes. Las justas entre caballeros nada tenían de caballeresco, sino que se trataba de hordas salvajes

que se lanzaban unas contra otras. La juventud no era ni más ni menos rebelde. Los hombres, como dice Duby, no eran ni más ni menos inquietos. Las condiciones en que se realizaban (esas rebeldías, esas inquietudes, esas violencias), eso sí, no eran las mismas.

El libro cuenta con una serie de ilustraciones bellísimas que, precisamente, permiten ver el modo de ver de esos tiempos. Las fotos aluden al trasmundo o simplemente a escenas cotidianas trágicas, violentas o bien piadosas.

El punto nodal del libro, la idea subyacente, es que detrás de eso que llamamos pasado o historia hubo un presente, tan material y corporal como lo es el nuestro, y que eso es algo que tendemos a olvidar. Y que detrás de los cambios de vestuario, escenografía y maquillaje, el hombre alberga emociones y pasiones semejantes. Eso que llamamos condición humana no hace concesiones al paso del tiempo. Aunque los disfraces sean otros, el hombre es el mismo.

Adrián Marcelo Ferrero

Universidad Nacional de La Plata